

“Vuestra tristeza se convertirá en gozo”*(Jn. 16:20)*

1 Pe. 2:11-20; Jn. 16:16-22

Cap. Miranda
Hohenau.Sermón

Jesús les prepara a sus discípulos para la hora clave de su pasión y muerte, y su resurrección, con estas palabras: “16 Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre”. Pero no le entienden. Hablan entre ellos, como queriendo preguntar a Jesús el significado de sus palabras. Sin embargo no se animan. “Ellos no entendían estas palabras, pues les estaban veladas para que no las entendiesen; y temían preguntarle sobre esas palabras” (Lc. 9:45). “17 Entonces se dijeron algunos de sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; y, porque yo voy al Padre? 18 Decían, pues: ¿Qué quiere decir con: Todavía un poco? No entendemos lo que habla.”

Entonces el propio Jesús es quien abre el diálogo. “Jesús conoció que querían preguntarle, y les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que dije: Todavía un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis?” (Jn. 16:19). Para explicarles de un modo gráfico lo que les está intentando explicar, ahora utiliza la comparación de la madre que entra en trabajo de parto y da a luz. “20 De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. 21 La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo” (Jn. 16:20-21).

La tristeza a la cual se refiere Jesús, es su pasión y muerte. Esos momentos, en la vida de sus discípulos, serán momentos de dolor intenso. Sentirán como que se les cierra la garganta frente a la muerte de su maestro. Sentirán que no podrán soportar tanta tristeza, por la muerte de su maestro. Sentirán mucho miedo, porque ahora los judíos vendrán queriendo matarles también a ellos.

Será un momento, como los dolores de parto que tiene la mujer está por dar a luz. Es un gran dolor, mezclado de temor, porque no se sabe cómo será exactamente, hasta que se lo experimenta por primera vez. Eso les quiere decir en primer lugar Jesús a sus discípulos: “Deben prepararse para el momento del parto, para mi pasión y muerte”. Tanto dolor les parecerá imposible de soportar. Se sentirán perdidos, agotados, sin fuerzas, sentirán miedo y dolor”.

¿Cuáles son los “momentos de parto” en nuestra vida cristiana? ¿Cuáles son aquellos momentos de intenso dolor, sea físico, emocional, económico, y espiritual? ¿Cómo nos sentimos en esos momentos? ¿Como la mujer que está por dar a luz, que siente las contracciones? ¿Qué momentos de dolor, de miedo y de angustia atravesamos últimamente? El dolor es real, el sufrimiento del cristiano es real. El cristiano no está ajeno a sentir dolor, o temor, a estar de cara a la muerte. El cristiano no es alguien ajeno a ello.

En esos momentos debemos tomarnos de la mano de Dios en oración y meditación de su palabra. Dice el profeta Isaías, cap. 26: “16 Jehová, en la tribulación te buscaron; derramaron oración cuando los castigaste. 17 Como la mujer encinta cuando se acerca el alumbramiento gime y da gritos en sus dolores, así hemos sido delante de ti, oh Jehová” (Is. 26:17). “Señor, en la tribulación te buscaron”, “como la mujer encinta cuando se acerca el alumbramiento gime y da gritos en sus dolores, así hemos sido delante de ti, oh Jehová”. Hemos derramado nuestros suspiros y gemidos de dolor delante de Dios, así como la mujer que está por dar a luz.

Pero esta mujer, que es la iglesia, no está sola. Tiene un prometido, un esposo fiel a su lado. La iglesia gime de dolor, frente al tiempo final que se acerca. Pero Jesucristo está presente, junto a ella. Él entra a la sala de parto con ella, y no la deja sola. Le toma de la mano para darle ánimo y aliento. Jesús nos brinda seguridad en tiempos de dolor. Y esa seguridad de la compañía de Jesús junto a su iglesia, se llama fe. La fe es estar seguros de que Dios nos brinda su perdón, consuelo, su sabiduría y amor, por pura gracia y bondad, en todo momento. Especialmente, Dios está a

nuestro lado, cuando más lo necesitamos, en los momentos de sufrimiento y ansiedad, de temor frente al porvenir, de la falta de certezas terrenales, en los momentos de parto en nuestra vida.

En un momento de gran dolor, no entendemos mucho lo que pasa a nuestro alrededor. Pero Jesús nos ayuda tomándonos de su mano, para conservar la fe y la esperanza hasta que el parto termine. “13 Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalén tomaréis consuelo. 14 Y veréis, y se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecerán como la hierba; y la mano de Jehová para con sus siervos será conocida” (Is. 66:13-14). “Porque está a mi diestra, no seré conmovido” (Sal. 16:8).

La compañía fiel de Dios en todo momento, es lo que necesitamos en esos momentos. A través de su palabra Dios nos habla, y también oye nuestras oraciones. Le habla al enfermo, al que está postrado en cama, y a través de Isaías 40, le dice: “29 El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. 30 Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; 31 pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán” (Is. 40:29-31). También habla Jesús con quien siente mucho miedo, que está como con dolores de parto, diciéndole: “7 Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, 8 que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; 9 perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; 10 llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Co. 4:7-10).

“Vuestra tristeza se convertirá en gozo... vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Jn. 16:20), les promete Jesús a sus discípulos, poco antes de padecer y morir. Al tercer día, resucitado de entre los muertos, se manifestó vivo a sus discípulos, que estaban se sentían con temor a los judíos. Les dice: “Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor” (Jn. 20:19b-20). Jesús cumplió así la promesa que les había hecho pocos días antes: “16 Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis” (Jn. 16:16). “Vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Jn. 16:20). “21 La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. 22 También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (Jn. 16:21-22).

La tristeza inicial no dura para siempre. Jesús resucitado revierte esa situación de tristeza, de temor, y la convierte en alegría. La muerte ha sido vencida, el pecado ha sido pagado, la culpa ha sido quitada, y el diablo fue derrotado. Nada ni nadie nos podrá quitar el amor de Cristo Jesús. Cuando la criatura nace, la madre se olvida del dolor, por la alegría que siente que su hijo ya ha nacido. Ya no hace falta esperar más. El niño ya está con nosotros, y llena a la familia de inmensa alegría. Así también, hermanos, la compañía y presencia de Jesús resucitado consuela nuestros corazones, nos anima y nos libra del miedo a la muerte, trayéndonos su paz, la paz que viene del cielo a través del perdón de nuestros pecados. Dice el rey David en el Salmo 32:1-2: “1 Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. 2 Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad” (Sal. 32:1-2). “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación” (Mt. 5:4).

Dios “nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2 Co. 1:4). Nuestra tristeza, ahora convertida en gozo, es para ahora ir y brindar consuelo a los que se hallan en tristeza y miedo. Somos consolados por Dios para ir y brindar el consuelo a otros también. Somos fortalecidos por el Espíritu Santo, el divino Consolador que proviene del Padre y del Hijo, para que, animados por Dios, podamos ir al mundo con la paz de Jesús resucitado. Dios se vale de los medios de gracia para acercarnos su perdón que remueve nuestras tristezas, y su consuelo que nos trae otra vez la alegría: el Bautismo, el Evangelio, y la Santa Cena. Dios da nueva vida espiritual por estos medios de gracia, nos congrega como un pueblo santo, y nos guía y conduce por el camino de la salvación.

Por estos medios es que Jesús ha creado la iglesia, y sigue haciéndolo hoy también, le anima y le fortalece en su gracia sin límites.

“Vuestra tristeza se convertirá en gozo”. Significa también que podemos estar seguros de nuestra salvación eterna. No hay por qué dudar, no debes dudar de la certeza de tu salvación eterna. El Dios quien llama y promete, y es él quien ciertamente cumplirá para nuestro bien todo lo que nos promete y enseña en su palabra. Jesucristo les dice: “18 No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. 19 Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. 20 En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Jn. 14:18-20). Nosotros, pecadores, habíamos quedados huérfanos a causa del diablo y del pecado. Pero Jesús nos llamó por su Palabra y nos adoptó en el Bautismo para ser hijos de un mismo Padre celestial. Y como hijos suyos, formamos la familia de la fe, la iglesia cristiana, que diariamente se congrega en torno a la Palabra de Dios y el Sacramento del Altar, donde vemos a Dios que sigue viniendo a nosotros, revelándose como un Dios justo y santo, pero también con su gracia y salvación, para que tengamos vida, y tengamos comunión con Él y unos con otros también.

Cuando el niño nazca, la ansiedad de la madre habrá desaparecido, para dar lugar a la alegría plena. De la misma manera, la ansiedad que sentimos los cristianos, hasta que Cristo venga por segunda vez, se siente y es palpable en nosotros frente a los acontecimientos en el mundo que estamos viviendo y que vemos a nuestro alrededor, como guerras, el crecimiento del Islam, desastres naturales, etc. Pero no teman, esto es necesario, está escrito que tiene que suceder así. Es como los dolores de parto antes de que el niño nazca. Así también ustedes, cuando vean todas las señales que anteceden a la segunda venida de Cristo, “cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lc. 21:28).

“Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca” (Flp. 4:5). “Vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Jn. 16:20). Mientras tanto, hasta el que Señor venga, nuestra manera de obrar debería ser como la de los discípulos, cuando el Señor se despedía de ellos en su ascensión al cielo. Dice la Escritura, que nuestro Señor Jesucristo “50 los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. 51 Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. 52 Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; 53 y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios” (Lc. 24:50-53). Nuestra manera de obrar debería ser como está indicada por san Pedro, en su carta: 11 “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, 12 manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles... 13 Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior,... 15 Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos”. Les pregunto, hermanos: ¿Es esta también nuestra manera de obrar? ¿Nos abstenemos de las pasiones de la carne? ¿Mantenemos una manera de vivir que sirve de ejemplo para los que no creen? ¿Nos sujetamos a las autoridades civiles, y a las leyes, en todo lo que pueda hacerse sin pecado? ¿Reconocemos que esta es la voluntad de Dios para nuestra vida? Los que están juntados, o viviendo en pareja, cásense, porque esta es la voluntad de Dios (Gn. 2:24), no esperen por más tiempo. Los que están en problemas legales, traten de ponerse al día, en regla con las autoridades políticas y las leyes del estado. Los jóvenes, y todo también, están llamados a una vida de santidad, manteniendo la castidad y la virginidad. A todos en general: sirvamos de ejemplo de buenas obras, en medio de una sociedad que se corrompe cada día más. Me preguntarán, ¿por qué debo hacer estas cosas? Respuesta: Porque sí, porque esta es la voluntad de Dios, y punto. Si queremos ser cristianos, haremos esto, con su guía y ayuda. Pidamos a Dios sabiduría para cambiar y mejorar y encaminar estas cosas en sus propias vidas. Busquen el consejo de sus padres, de algún hermano en la fe, y de su pastor también. Acomoden su vida conforme a la voluntad de Dios, para que no sentir miedo o tristeza frente a Dios, ni tampoco ocasionar esto a su familia, ni provocar escándalo en la iglesia de Cristo. Así la alegría y la paz reinarán en sus corazones y en sus familias, hasta que el Señor venga. Amén.